



Nº 17, 1989

LOS NARRADORES DEL GRUPO DE GUAYAQUIL*

Alfredo Pareja Diezcanseco

Fue tan profunda la huella que la fraterna armonía dejó en el corazón de cada uno que, al recibir, hace algunos años, el altísimo honor de haberseme designado Miembro de Número de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, Correspondiente de la Española, pensé que no debía ser yo el tan generosamente elegido, sino otros de aquellos del Grupo que todavía se encontraban en este lado de la existencia, pues de cierto poseían sobrados y superiores merecimientos a los míos, que sólo tal vez usufructuaba el haber sido compañeros de ellos.

Pero hoy, de los cinco miembros iniciales del Grupo, estoy solo, soy el sobreviviente y debo, en consecuencia, cumplir con el deber que, desde algún lugar ignorado, ellos, mis hermanos escritores, me imponen. ¡Y se ha dicho que por allí el Grupo de Guayaquil no existió nunca, y que debió haber sido una invención mía! Me es difícil concebir el tamaño de descarado olvido, porque el nombre del Grupo de Guayaquil está escrito en libros por numerosos críticos ecuatorianos, hispanoamericanos y europeos; lo cual, por cierto, no implica juicio alguno de valor. No sé, honestamente no sé, no entiendo a qué razón, a qué causa espiritual, psicológica, sombríamente misteriosa, patológica o esperpénticamente trashumante se deba aquella negación, como no sea la de una broma de mal gusto.

Bien sabido es que en 1930 apareció un pequeño libro de cuentos que revolvió públicamente las cataratas de la crítica sensiblera y pacata. Me refiero a *Los que se van*, (*cuento del cholo y del montubio*), de tres autores muy jóvenes: Joaquín Gallegos Lara, Enrique Gil Gilbert y Demetrio Aguilera Malta. Hacíase en esos cuentos una literatura socialmente realista, contrapuesta a los cisnes y princesas de papel pintado en que recaía con insistencia llena de amor y cualidades estéticas el simbolismo post-rubendariano. En cambio, en los textos de *Los que se van*, abundaban las “malas palabras” del coloquio popular, que parecían descomponer a los mojigatos, excusadas sean las exageraciones en que incurren todos los nuevos movimientos del espíritu. Hugo, desde luego, antecedentes, mas no muchos, quizá el realismo político de *Pancho Villamar* (1900), por Roberto Andrade; el costumbrismo de *Para matar el gusano* (1915) de José Rafael Bustamante; y, sobre todo, *Plata y Bronce*, de Fernando Chaves, con la que se podría decir que nace el indigenismo en el Ecuador, y, por lo mismo, creeríase que su influencia fue reducida en las cosas literarias de la costa montubia. Importa más, como directa influencia *A la costa*, novela del ambateño Luis A. Martínez (1904); fuera de dudas, dos relatos magníficos de Leopoldo Benites Vinuesa, *La mala hora* y *El enemigo* (1927); y, por fin, un

* Discurso de ingreso a la Academia Ecuatoriana de la Lengua



notable humorista que escribía “Los jueves alegres de ‘El guante’”, José Antonio Campos, con el seudónimo de Jack the Ripper (1928-1929).

Los que se van fue saludado entusiastamente por Benjamín Carrión. Como en 1931 nos juntamos a los tres pioneros, José de la Cuadra y Alfredo Pareja Diezcanseco, los hermanos Barriga López dicen, en su Diccionario de la Literatura Ecuatoriana, tomo I, 1973, al referirse a Leopoldo Benites:...”que pertenece al Grupo de Guayaquil”. Y con referencia a Joaquín Gallegos Lara: “Pertenece al grupo de prosistas llamado de Guayaquil”. De José de la Cuadra; “Pertenece al famoso Grupo de Guayaquil. Y de Pareja Diezcanseco: “Forma parte del Grupo de Guayaquil”.

Isaac J. Barrera, en su monumental *Historia de la Literatura Ecuatoriana*, afirma: “El Grupo de Guayaquil es más numeroso... En defensa del montubio explotado salieron los jóvenes novelistas de Guayaquil...” De Nicolás Jiménez séame también permitido reproducir algo: “No es esta la ocasión propicia... de abrir un proceso contra las novelas anteriores, de las que sólo se salvan excepcionalmente *Plata y Bronce*, de Fernando Chaves, las páginas de Luis A. Martínez, en *A la Costa*, y las novelas cortas de don Juan León Mera. Más oportuno me parece referirme a la abundancia de cuentistas... Se les ha agrupado por provincias, tal vez porque exhiben caracteres regionales... Y así, hay el grupo azuayo... Hay el de Guayaquil... y el de lo Interior...”

Podríase continuar revistando un par de docenas de libros de crítica e historia de la literatura hispanoamericana, y advertir cómo se habla en ellos del Grupo de Guayaquil. Por ejemplo, en *Testimonio y Tendencia Mítica en la obra de José de la Cuadra*, por Humberto E. Robles, disertación doctoral en Northwestern University, de Illinois, Estados Unidos de América; en varios estudios de Luis Alberto Sánchez, que en vez de Guayaquil gusta de decir el Grupo de la Costa. El crítico norteamericano, Karl H. Heise, en dos obras *La Evolución Novelística de Alfredo Pareja Diezcanseco* (Buenos Aires 1973), y *El Grupo de Guayaquil: Arte y Técnica de sus novelas sociales* (Madrid 1975); en *Breve historia de la novela hispanoamericana*, de Fernando Alegría (Universidad de California, Berkeley, México, 1959), se dice: “Nuevos escritores se unieron al Grupo de Guayaquil... y todos en conjunto contribuyeron a darle al Ecuador una nueva novela estructurada sobre bases modernas, más humana, más variada, menos rígida, y cuyo objetivo fundamental fue el de interpretar la realidad del país... con un arte esencialmente dinámico y social...” (p.250); Ángel F. Rojas, en su *La novela ecuatoriana*: “A poco había ya una teoría sobre el novísimo relato, y se había integrado, con José de la Cuadra y Alfredo Pareja Diezcanseco, el valiosísimo quinteto, llamado por la crítica “El Grupo de Guayaquil” (Colección Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1948, p.182); Jorge Enrique Adoum, en su prólogo-estudio *Narradores ecuatorianos del 30*, “Cuadra, miembro del Grupo de Guayaquil y amigo entrañable de quienes lo integraban, publicó en *12 siluetas*, (1934), las de sus compañeros de generación” (Biblioteca Ayacucho, N° 85, Caracas, 1980).



Y el mismísimo Alejandro Carrión, estoy seguro de que hablando en serio, al juzgar a Demetrio Aguilera Malta, dice en el *Diccionario de la Literatura Latinoamericana (Ecuador)*:... “Integró desde entonces el llamado ‘Grupo de Guayaquil’ en el que se encontraban también José de la Cuadra y Alfredo Pareja”. (Unión Panamericana – Secretaría General, Organización de los Estados Americanos –Washington D.C., 1962, p. 75)

El Grupo de Guayaquil es, pues, el que estuvo y se organizó en esta ciudad del Ecuador, el que sigue estando fuera de la mera función subjetiva de la representación imaginaria, y continuará, espero que por algunos largos años más, de modo real e ideal, esencialmente consistente, valga mucho o poco en su valoración literaria, por manera que responde de suyo a la vieja pregunta escolástica *an res sit* con el *extra nihilum*.

Bromas aparte, que tal vez no vengan al caso, todos saben que no sólo existió el Grupo de Guayaquil, como el de Azuay y el de Quito, sino que de los cinco miembros iniciales, está hablando a ustedes el sobreviviente, ya viejo y fatigado, a ustedes, digo, mis benefactores de la Academia Ecuatoriana de la lengua, e invitados presentes de buena voluntad para soportar con paciencia los pormenores de esta ceremonia, para mí inolvidable.

Poseo tres credenciales para las reflexiones que en alta voz estoy haciendo: la ya dicha de ser el sobreviviente de los cinco; la de continuar escribiendo por una cierta compulsión vital que podría acaso equivaler a un temor al vacío, a la nada-motor bergsonianos de las especulaciones creadoras, o a la implícita necesidad de trabajar para lo incierto, a lo que apelaba Emile Boutroux; y la de reiterar que, por encima de las vacilaciones de mi ineficacia, como hombre y como escritor, he procurado siempre, y a las veces en ardua beligerancia cono las tentaciones de los bienes materiales, no desviarme jamás de la conducta honesta, no sé bien si porque me duele el dolor de los otros o en razón de las determinaciones poderosas del amor.

Con aquellas tres credenciales, pronuncio este discurso que me he atrevido a llamar reflexión y que es asimismo un auto de gracias por el honor que se me hace y que recibo con una humildad que ojalá corresponda, siquiera en mínima porción, a la sabiduría de ustedes.

Séame permitido recordar ahora que, cuando nuestro país ganó su independencia política de España, no consiguió con ella una positiva modificación en el statu quo socio-económico de su jerarquizada composición de clases sociales. Durante largos años de vida republicana, los criollos ricos siguieron usufructuando de un régimen de opresión, basado en la gran propiedad territorial del latifundio y en el sistema de producción agrícola llamado hacienda. Desarrollábase así nuestro país, dentro del conflicto entre



las mismas ideas contradictorias que prevalecieron en el sanguinario proceso de las luchas independentistas.

Podría resumirse la naturaleza de aquel conflicto. Por un lado, la indirecta influencia de tres eminentes pensadores de los siglos XVI y XVII, el dominico Francisco de Vitoria, defensor de los indios en la guerra de conquista y precursor del Derecho de Gentes; el jesuita Juan de Mariana, en cuyo tratado *De Regi et Regis* sostiene que el pueblo recibió directamente de Dios la soberanía transferida al monarca para que la protegiese, de modo que, de no hacerlo así, el pueblo soberano poseía el derecho natural de insurrección y hasta el de supresión de la vida del rey inculpado; y el también jesuita, Francisco Suárez, conocido como “el doctor Eximius”, que refutó el derecho divino y absoluto del gobierno monárquico.

Por otro lado, las antedichas ideas de la España imperial llegaron a las colonias americanas, dando la vuelta, si es posible decirlo así, por los enciclopedistas franceses del XVIII, y al través del despotismo ilustrado de Carlos III de España y su ministro el Conde de Aranda. Débese recordar también la directa influencia de la Revolución Norteamericana; y, por supuesto, las ideas de la Revolución Francesa, que inspiraron esa transformación al norte vecino de nuestros países.

Los criollos ricos, con ansia de usufructuar de los privilegios de los españoles nacidos en España, temían, empero, que se reprodujesen en América del Sur, no sólo el terror francés, antes del 18 Brumario, sino también las feroces carnicerías de Haití, a finales del XVIII y hasta 1804, bajo el imperio del general Dessalines.

No hay ecuatoriano que pueda olvidar cómo funcionó en la República el concertaje de peones en el sistema productor de hacienda. Aunque jurídicamente abolido desde la revolución liberal alfarista, continuó practicándose, con la persistencia de las instituciones sociales no escritas, hasta bien entrado el siglo XX, en razón de una triquiñuela en la interpretación de un artículo del Código Civil.

Lo cierto es que de una parte considerable de la sociedad se formaría el partido conservador, y de otra, el liberal. Triunfante este, las fuerzas vencidas quedaron poderosas. Es así como sólo en 1908 pudo hacerse la expropiación de los bienes de manos muertas –bienes eclesiásticos- que constituían los más grandes latifundios. En tanto, la industria textil de la sierra ecuatoriana había sido arruinada con la competencia de los tejidos ingleses, importados en alas de la ideología liberal de los mercados abiertos. Y la clase exportadora de la costa, especialmente de Guayaquil, crecía rápidamente en prosperidad gracias a las ventas al mundo occidental industrializado del cacao, bien llamado la pepa de oro.

Mas el comienzo de la depresión económica mundial, a finales de la primera guerra mundial, produjo el descenso de los precios del cacao, y una peste en



las plantaciones, la monilla, y otra diagnosticada con el sardónico nombre de “escoba de la bruja”, acentuaron de modo gravísimo la crisis, con su secuela de caída de la moneda nacional, el desempleo y todos los males consiguientes a una verdadera paralización de actividades. Para aliviar en algo la situación, hízose necesaria la devaluación monetaria, con el objeto de facilitar la competencia de nuestros productos primarios en los mercados exteriores compradores.

Estalló entonces el descontento indignado de los trabajadores. Una huelga general fue violentamente reprimida, con un saldo trágico de alrededor de mil doscientos o mil quinientos muertos, el 15 de noviembre de 1922. Conviene recordar que por entonces la población de Guayaquil era de aproximadamente noventa mil habitantes.

Los adolescentes y niños que, ocho años después, integraríamos el Grupo de Guayaquil, vimos espantados la bárbara matanza. Es apenas obvio suponer que, parcialmente, cuando menos, aquel hecho brutal marcara la resolución íntima en nosotros de crear una literatura de denuncia y protesta. Lo cual nos condujo a poner una excesiva atención en el mundo exterior de las relaciones humanas. Porque, además, carecíamos de una ascendencia narrativa que hubiese puesto los ojos en los problemas de la tierra.

Eso, por cierto, no significaba que no se hubiese escrito antes buena literatura: bastaría con recordar a Juan Montalvo, el gran maestro de la prosa española e hispanoamericana del siglo XIX. Por otra parte, los grandes autores en poesía y prosa, del llamado modernismo post-rubendariano, Medardo Ángel Silva, que se arrancó la vida apenas a los veintiún años de edad, Ernesto Noboa y Caamaño, Arturo Borja, también suicida de veinte años, Humberto Fierro, José María Egas, Falconí Villagómez, Wenceslao Pareja –hace un mundo poético aparte el vanguardista Hugo Mayo-, son todos ellos escapistas de una fea realidad que posiblemente repugnaba a sus espíritus ultrarefinados en el delicioso decadentismo parisino, con el opio, la morfina y el éter de los paraísos artificiales. Raúl Andrade, en un ensayo magnífico, *Retablo de una generación decapitada*, analizó agudamente a estos poetas y su poesía.

Un mundo aparte, un mundo extrañísimo y admirable, en el cuento y la novela breve, es el caso de Pablo Palacio, kafkiano, sin haber leído a Kafka, puesto que este gran autor todavía no había sido publicado y mucho menos vertido al español.

Volviendo a la poesía, en los primeros años del 30 no había llegado aún la hora del cenit para Alfredo Gangotena, Gonzalo Escudero, Jorge Carrera Andrade, César Dávila Andrade o Jorge Enrique Adoum, para citar sólo las figuras más altas, aceptadas así por la unanimidad de la crítica.



Pero se debe recordar, en cuanto a la literatura narrativa, que es la que nos importa en esta reflexión, que, en el decenio de los 20, la novela hispanoamericana había alcanzado ya muy elevados niveles de madurez e identidad con su contorno socio-económico; *Los de abajo*, del mexicano Mariano Azuela (desde poco antes, en 1916); *La vorágine*, del colombiano José Eustasio Rivera (1925); *Don Segundo Sombra*, del argentino Ricardo Güiraldes (1926); *La trepadora* y *Doña Bárbara*, del venezolano Rómulo Gallegos (1925-1929). Asimismo, no puede olvidarse que la revolución Mexicana, particularmente el período de 1910 a 1917, es la inicial toma de conciencia histórica en Hispanoamérica, y, por ello, un comienzo de descolonización en el espíritu de quienes hacían artes plásticas y literatura. Fue así posible que surgiera la generación de los escritores ecuatorianos de, 30, al comienzo los tres de *Los que se van*, luego los cinco miembros iniciales del Grupo de Guayaquil, e inmediatamente después, quienes se sumaron al movimiento: Adalberto Ortiz, Ángel Felicísimo Rojas y Pedro Jorge Vera.

Me parece necesario reproducir algunas de las cosas que dice Benjamín Carrión en su *El nuevo relato ecuatoriano* (Casa de la Cultura Ecuatoriana, 2ª Ed., Quito, 1958): "... El hecho en sí de la aparición... de una novela ecuatoriana de las características de la que apareciera en los alrededores de 1930... es un fenómeno extraordinario en las letras continentales, por su valor de americanismo, y en las letras castellanas, como significación estrictamente literaria... Oficio heroico... en verdad: pago de la edición, reparto de la misma en forma gratuita... y como en el libro... había materiales explosivos...; porque allí se soliviantaba al indio o al montubio; se propagaban 'ideas exóticas y disolventes'...; porque allí se alentaba contra la moral y la decencia, usando palabrotas que no dicen 'ni las verduleras o los sargentos de la Guardia Civil'...; como en aquellos libros perversos se trata de desacreditar a las personas honorables, 'que tienen cuatro reales'... Grupo de Guayaquil (subrayado mío) - ¿fui acaso yo quien por primera vez empleara esta expresión... en 1930?- por ser originario en un medio menos burocratizado, más abierto a otras posibilidades de 'buscarse la vida', ha sufrido relativamente menos en los avatares políticos. Con la excepción martirizada y valerosa de Joaquín Gallegos Lara, verdadero héroe civil de las letras y las ideas... Los caminos del comercio, de la industria, pudieron ser utilizados por esta muchachada valiente. Y es Demetrio Aguilera, haciendo fideos... Es Alfredo Pareja, luchando bravamente... hasta encontrar su camino ancho para defenderse en la vida... Es Pedro Vera, con su pequeño negocio de librería... Todos los del Grupo - siempre con la excepción trágica de Gallegos Lara- han viajado, se han incorporado *in person* a las nuevas promociones intelectuales del continente... Algo que es preciso destacar, para destruir definitivamente una parte de la leyenda negra de los escritores jóvenes del Ecuador, es que casi todos ellos, y casi acaso la totalidad de los de Guayaquil, son gente hogareña, de tranquila y virtuosa vida familiar, alejados de todos los *esnobismos* de jerga y estupefacientes, que malograron a valiosas generaciones anteriores. Casa, mujer y niños. Ordenada vida de trabajo para ganarse el pan. Sin cuchillo en los dientes y sin hoz ni martillo en las manos. Con cuello y corbata. '*Aunque usted no lo crea*' (pp. 294, 297/299)".



Y Edmundo Ribadeneira en su *La Moderna Novela Ecuatoriana* (Ed. Universitaria 2ª Ed., Quito, 1981): “Cuando se habla del ‘Grupo de Guayaquil’ – ‘cinco como un puño’,... surge en primer término el nombre de Joaquín Gallegos Lara. Y es que Gallegos era el ‘suscitador’ de las nuevas tendencias literarias: centro de gravedad de la polémica ardorosa y necesaria, mentor fundameantal, corazón de las letrasrevolucionoarias del Eucador”. (p. 97).

No fatigaré a quienes me escuchan, o me lean después, si llegare el caso, con más referencias dela crítica sobre los narradores guayaquileños del 30, pero sí recordaré que en 1945 el reputado traductor francés de la literatura española e hispanoamericana contemporánea, Georges Pillement, publicó en su *Gens de l’Equateur*, con versiones, entre otros autores ecuatorianos de la época, como Jorge Icaza y Humberto Salvador, de tres cuentos de José de la Cuadra, dos de Gallegos Lara, uno de Gil Gilbert, uno de Aguilera Malta, y el segundo capítulo de mi novela *El muelle* y luego, en 1949, la primera edición francesa de otra novela de mi autoría: *La Beldaca*.

Hacia 1936, hallábase ya formada la Sociedad de Escritores y Artistas Independientes, virtualmente una extensión del Grupo de Guayaquil, con serios escritores de formación ya madura, como el ensayista –y además periodista combativo contra las dictaduras- Leopoldo Benites Vinuesa; el historiador y poeta romancista, Abel Romeo castillo, que do amplio hospedaje en la sección literaria que él dirigía en el diario “El Telégrafo” a los escritores del Grupo; artistas plásticos de la categoría del grabador y pintor Galo Galecio, el escultor Alfredo Palacio, los pintores Manuel Rendón Seminario, Segundo Espinel y Alba Calderón –esposa de Enrique Gil Gilbert- el gran arqueólogo Carlos Cevallos Menéndez, el también arqueólogo e historiador, Francisco Huerta Rendón; y algunos otros que no recuerdo con exactitud.

En cuanto a la inmediatez de la actividad política y partidaria, José de la Cuadra y Demetrio Aguilera Malta militaron en el partido socialista, separado ya este de la internacional comunista, pero Demetrio abandonó pronto esas preocupaciones para entregarse totalmente a la novela, al teatro, al cine; Gallegos Lara y Gil Gilbert se afiliarán al partido comunista, cuyas exigencias supongo que impidieran a Enrique que continuase escribiendo literatura de ficción, con la facilidad asombrosa de que siempre gozó; y quien reflexiona hoy ante ustedes permanecería sin adherir a partido político alguno, acaso únicamente por respeto al ate literario, cuya misión, si es que tiene alguna, es la de trascender la circunstancias inmediatas de la época para que la próxima sea menos oprobiosa en la explotación del hombre por el hombre. Soy, pues, señoras y señores, uno de esos independientes que votaron por la negativa abrumadora en un reciente plebiscito nacional de ingratas convocatoria y memoria, pero sus ideas, las mías, repito, fueron siempre y seguirán siéndolo por lo que me resta de vida, ideas y no creencias, muy, pero muy semejantes, a las de sus compañeros de Grupo y de prácticamente la totalidad de los



miembros de la Sociedad de Escritores y Artistas Independientes: es decir, de esas que se llaman, en generalización nada puntual, pero muy efectiva, de izquierda, bien dicho, de centro izquierda, exprésolo así por el rechazo que siempre he experimentado por los extremos y extremismos tan ofuscadores de la conducta humana.

No es ésta la circunstancia para los juicios de valor acerca de las obras de los autores guayaquileños del 30. Como un anunciador a posteriori, diré tan sólo los títulos fundamentales con los cuales empezaron a ser conocidos continentalmente sus autores: *Don Goyo* y *La Isla Virgen*, de Demetrio aguilara Malta; de Gallegos Lara dígoelo todo con nombrar su *Las cruces sobre el agua*, la novela del 15 de noviembre de 1922; de Enrique Gil Gilbert, naturalmente su novela *Nuestro pan*, que es la epopeya de los sembradores de arroz, aunque el Libro de mi preferencia personal es *Relatos de Emmanuel*; *Los Sangurimas* – sin robar más papel, y tiempo a ustedes, en recordar extraordinarios cuentos, como *La Tigra*, *Chumbote*, *Banda del Pueblo* – diré lo ya dicho en otras ocasiones, que *Los Sangurimas* no es únicamente la obra maestra de José de la Cuadra, sino la del Grupo de Guayaquil; y de las mías, desafortunadamente escritas en tan elevado número, que la cantidad conduce a resentir su calidad, pero válgame decir, contando con el perdón de ustedes, que prefiero como de menos defectos y vacilaciones: *Hombres sin tiempo*, y las dos últimas, consecuencias de la gran confusión interior que se experimenta al envejecer con rapidez: *Las Pequeñas Estaturas* y *La Manticora*, frutos también de cierto, pero obvio, desengaño de las virtudes humanas, heridas a cada rato histórico por la brutalidad de la guerra y la codicia del enriquecimiento, incluso de los que ya son ricos. No es menester mencionar aquí las dificultades de mis trabajos históricos, biográficos y ensayísticos. Y de los que hicieron crecer al Grupo de Guayaquil, Adalberto Ortiz será por mucho tiempo recordado por su *Juyungo*; Pedro Jorge Vera, por su *Los Animales Puros*; Ángel F. Rojas, por su *El éxodo de Yangana*; Abel Romeo Castillo por su *Los Gobernadores de Guayaquil en el siglo XVII*; Carlos Cevallos Menéndez, por *La Gran Navegación Prehispánica en el Ecuador*.

Habría que añadir que, desde los ya lejanos años 30 y 40, la literatura ecuatoriana ha crecido notablemente, en el número de sus escritores, así como ha mejorado su calidad formal. Y ya sabemos que, en arte como en literatura, cuando también es arte, claro, la forma es todo, o casi todo. El contenido, la sustancia, el pensamiento creador, sin ella, dejan de existir. Sobradamente conocen los ilustres miembros de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, que hoy, con tanta generosidad como benevolencia, me reciben. Perdurará mi gratitud para ustedes.

Quito, febrero 23 de 1989